

festivos sin venir á la iglesia á aprender la doctrina. De vuestra parte no sois capaces de darles este pasto saludable, ¿no procuraréis á lo menos que vuestro Pastor tenga ocasion de dárselo?

En general os recomiendo á todos la asistencia á las instrucciones cristianas. Ya que el Señor os ha hecho la gracia inestimable de acogeros en el seno de la verdadera Religion; ya que por su infinita misericordia teneis quien siembra en vuestras almas la semilla de la doctrina evangélica, no la dejéis caer inútilmente por vuestra culpa. Yo concluyo pidiendo á Dios con el Apóstol : *que os llene del conocimiento de su voluntad, y os dé toda la sabiduría é inteligencia espiritual, á fin de que os conduzcais de una manera digna de Dios : procurando agradarle en todas las cosas, llevando frutos de buenas obras que os hagan dignos de tener parte en la suerte de los Santos*¹. Amen.

¹ Coloss. 1, 9.

PLÁTICA II.

EL SÍMBOLO EN GENERAL.

In omnibus sumentes scutum fidei,
in quo possitis omnia tela nequissimi
ignea extingueré. (*Ephes. vi, 16*).

Suponiendo teneis presentes las observaciones generales que el domingo pasado os hice sobre la necesidad y obligacion de instruiros á fondo en la doctrina cristiana, paso hoy á exponérosla en detalle en las diferentes partes que liene, que son cuatro : á saber, doctrina de fe contenida en el *Símbolo*, doctrina de esperanza comprendida en la *Oracion dominical*, doctrina de caridad compendiada en el *Decálogo*, y doctrina de buenas obras comprendida en los *Sacramentos*.

Cuando se quiere levantar un edificio, la primera diligencia es echar un buen fundamento ; porque si el fundamento no es sólido, el edificio flaquea, vacila y se desploma. Pregunto ahora : ¿cuál es el fundamento sobre el cual debe sostenerse todo el edificio espiritual de nuestra santificacion y salud? La fe, hijos, la fe. Sin la fe, os dice san Pablo, es imposible agradar á Dios : *Sine fide impossibile est placere Deo*. Quien no tenga una fe entera y sana, añade san Atanasio, sin duda perecerá eternamente : *Quam nisi quisque integram, inviolatamque servaverit, absque dubio in æternum peribit*. Es pues por la doctrina de la fe que debo yo comenzar mis catecismos é instrucciones, y vosotros vuestro estudio y aplicacion.

¿Y en dónde encontraremos estas doctrinas de la fe? Por lo que hace á vosotros que no sois llamados á ser apóstoles,

evangelistas ni doctores, encontraremos las suficientes en el Símbolo de los Apóstoles, vulgarmente dicho el *Credo*; porque este Símbolo abraza en pocas palabras todas las verdades que debe saber y creer un simple cristiano. *El Símbolo*, dice san Agustín, *es un compendio simple, corto y perfecto. Simple, porque se proporciona á la rudeza de los ignorantes; corto, porque no fatiga la memoria con muchas sentencias; perfecto, porque instruye plenamente*¹. Pero antes de entrar en pormenores y declararos en particular sus artículos, me es forzoso daros sobre este Símbolo algunos conocimientos generales, que podrán servir por hoy de suficiente instrucción.

Al modo que un maestro, para facilitar á sus discípulos la inteligencia y memoria de la doctrina que les ha dado, reduce á pocos principios las lecciones que les ha enseñado en mayor escala y extensión; así el Señor acomodándose á nuestra flaqueza é incapacidad, nos ha dado el Símbolo ó *Credo*, que es un breve compendio de las verdades mas esenciales que él ha revelado á su Iglesia. Muchísimas son las verdades que ha revelado Dios; pero si bien vosotros debéis creerlas todas en general sin desechar alguna, no teneis obligación de saberlas todas distintamente y en particular, pues os basta conocer las primeras y *fundamentales*.

Estas verdades fundamentales están comprendidas todas en los doce artículos que componen el Símbolo de que tratamos, y cada una está puesta tan en su propio lugar, que todas juntas forman el orden mas bello y admirable. Figuran en pri-

¹ Aug. serm. 115 de Temp.

mera línea las verdades que miran á las tres Personas de la santísima Trinidad, esto es, al Padre y las obras de la creación, al Hijo y las obras de la redención, al Espíritu Santo y las obras de nuestra santificación. En el segundo orden están colocadas las verdades que tratan de la Iglesia, y nos dan noticia de las notas ó caracteres que distinguen la verdadera Iglesia de Jesucristo de toda secta ó falsa religion, diciéndonos que la verdadera Iglesia es *una, santa, católica y apostólica*. Por último acaba el Símbolo enseñándonos cuatro verdades capitales que nos hacen conocer los inestimables bienes que nos resultan de ser miembros de la Iglesia y estar incorporados á ella, y son la comunicacion recíproca de nuestras buenas obras, la remision de nuestros pecados, la resurrección de nuestros cuerpos y la vida perdurable.—Y aquí deseo que noteis bien una cosa, y es, que aunque las verdades reveladas por Dios no están todas expresamente indicadas en el Símbolo; todas empero las creemos implícitamente y en general en la fe de la Iglesia, cuya verdad y autoridad reconocemos en el artículo 9.º diciendo: *creo la santa Iglesia católica*, pues no es posible creer la Iglesia, y no creer las verdades que ella propone.

Pero lo que todavía quiero que noteis mas es, que el Símbolo fue obra y composición de los mismos Apóstoles, de aquellos grandes maestros de la fe, de los padres de la Iglesia cristiana, quienes reunidos en una conferencia lo compusieron inspirados de Dios y lo dieron á la Iglesia. Habiendo ellos recibido de Jesucristo la orden de dividirse por toda la tierra y anunciar á todas las naciones la verdadera fe, *Euntes predicare evangelium omni creaturæ*, antes de separarse los unos de los otros compusieron de comun acuerdo esta fórmula de fe, como lo atestigua la tradicion constante de todas las Igle-

sias ; y esto lo hicieron por tres motivos : 1.º para que en su predicacion hubiese la mas perfecta uniformidad posible, no solo en las doctrinas y sentimientos, sino hasta en las palabras y expresiones : 2.º para que los pueblos convertidos, aunque separados entre sí por la diferencia de climas y distancia de lugares, en punto de creencia no tuviesen mas que un solo lenguaje, así como no debian tener mas que una sola fe : 3.º para facilitar al comun de los fieles, que no son capaces de grande estudio, el conocimiento de las verdades mas necesarias con una fórmula breve, clara y proporcionada al talento de cada uno.

Estos fueron, hijos míos, los fines que movieron á estos padres y fundadores de la Iglesia á ordenar juntos este excelente Símbolo que tenemos. ¡Qué gloria para la Iglesia poseer en el Símbolo las preciosas reliquias de los santos Apóstoles ; reliquias, no de uno solo, sino de todos ; no de su cuerpo, sino de su espíritu ! ¡qué dicha para vosotros aprender aun hoy de la boca de estos hombres insignes las verdades saludables que enseñaron al mundo ! ¡qué consuelo para los ignorantes, que no saben la Escritura, tener un compendio de toda ella en las doce sentencias que comprende el Símbolo ! ¡qué gozo, en fin, para los sábios, ver recopilado en pocas palabras cuanto han leído en las Escrituras, cuanto han aprendido en la tradicion !

Por aquí podeis conocer, hijos míos, cuáles sean los deberes de todo cristiano en orden al Símbolo. Como os llevo ya insinuado, el Símbolo se os fue dado para enseñaros las verdades mas esenciales de la Religion ; de lo que resulta que tenéis obligacion de aprenderlo y conservarlo en la memoria. Esta obligacion, dice santo Tomás ¹, de sí es absoluta-

¹ S. Thom. 2, 2, quæst. 2, art. 7.

mente grave, ni estaria libre de culpa mortal quien no la supiese ; puesto que su ignorancia no pudiera proceder de otro principio que de una culpable omision, y de no hacer ningun caso de los deberes anexos á la calidad de cristianos.

Y cuenta, que cuando os digo que debeis saber el Símbolo, no entiendo solo en cuanto á las palabras, sino tambien, y todavía mas, en cuanto á la sustancia y al sentido ; porque pudiérais saberlo bellísimamente en lo material, y con todo quedar ignorantísimos en las cosas de fe, como en efecto sospecho que algunos quedais. ¿De qué sirve saber uno rezar el *Credo*, si esta ciencia no os trae instruccion ni luz ? ¿qué aprovecha saber decir : *Creo en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra*, si no entendeis ni qué cosa es Dios, ni qué es su paternidad, ni en qué consiste su omnipotencia, ni qué indica el título de criador ? Menos condenables seríais, si ignorando las palabras comprendiéseis al menos el espíritu y la sustancia. Pero saber rezar el Símbolo, y no entender las verdades que contiene, es para vosotros como un libro griego, que podeis echar al fuego sin temor de que os haga falta.

Además, el Símbolo se os ha dado para que os sirva de escudo contra las tentaciones y pecados. Al modo que el militar, al ver dirigida contra sí la lanza enemiga, levanta el escudo para detener el golpe ; así vosotros para defenderos de las tentaciones y pecados que de todas partes os amenazan, debeis servir del Símbolo como de escudo impenetrable á los dardos enemigos. De ahí es que debeis rezarlo con frecuencia, como os lo enseña con el ejemplo la misma Iglesia, que lo hace rezar muchas veces cada dia en el oficio divino. Sí ; debeis rezarlo frecuentemente, no solo para honrar á Dios

con este auténtico testimonio de vuestra fe, sino para defen-
deros á vosotros mismos de las varias tentaciones á que dia y
noche estais expuestos. Quien repasa con frecuencia las gran-
des verdades propuestas en el Símbolo, yo os aseguro que no
se echa tan fácilmente á pecar.

¿A qué pensais atribuyo yo la mayor parte de los pecados
que haceis? A que apenas teneis presentes las verdades que
profesais en el Símbolo. Si cuando, ó jóven, el demonio vie-
ne á brindarte con el pecado impuro, te hallase bien impres-
ionado de la idea de un Dios omnipotente, que te mira, te
observa y es testimonio de vista de todo cuanto haces, ¿crees
tú que te precipitarias á él con la facilidad que te precipitas?
Si cuando, ó mujer, te estás adornando á lo mundano para
presentarte al público como una diosa, atraerte las miradas
y obsequios de una turba de insensatos, y encender la lasciv-
ia en cuantos tienen la desgracia de mirarte, te acordases de
un Jesucristo redentor que á tanta costa redimió tu alma y
la de ese prójimo que echas á perder, ¿piensas tú que ten-
drías valor para pasar adelante? Si cuando, ó niña, te viene
aquel inícuo tentador á acechar á tu candor é inocencia, te
hallase bien impresionada de la verdad de una *vida perdura-
ble* que te espera, ¿juzgas tú que accederias con la frescura
que lo haces? No : os costaria ofender á Dios, no sabríais re-
solveros á cometer el pecado. El Símbolo, pues, es el escu-
do que, segun el consejo de san Pablo, debeis abrazar para
despuntar los dardos del tentador enemigo : *in omnibus sumen-
tes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea ex-
tinguere.*

Pero entended, carísimos, que para que el rezo del Sí-
mbolo os sirva al efecto y os resulte provechoso, no basta que
lo hagais de cualquier modo.—Y aquí permitidme de paso

una reflexion que otras veces tendré ocasion de hacer ; y es,
que con el frecuente uso de ciertas cosas santas convertimos
el oro en barro, quiero decir, que por nuestra disipacion re-
ducimos á nada los ejercicios mas santos y las mejores prác-
ticas de religion. Es innegable que el Símbolo sea por sí mis-
mo un excelentísimo acto de fe ; ¿pero es un acto de fe en el
estilo con que muchos lo rezais? Lo seria si, al rezarlo, vues-
tro corazon anduviese de concierto con la lengua ; si lo que
decís con los labios lo confesáseis con el corazon. Mas como
de ordinario se reza sin atencion á lo que se dice, por pura
costumbre ó rutina, formando un mecanismo de palabras cu-
ya significacion no se reflexiona ; de ahí es que el tal rezo no
es mas que un acto de fe material, que ni puede ser grato á
Dios ni de provecho á vosotros mismos.

Acostumbraos, pues, á rezarlo con séria atencion, con
viva fe, con devocion tierna y fervorosa. *Con séria atencion,*
aplicándoos, no solo á pronunciar bien las palabras, sino á
reflexionar el sentido de las grandes verdades que aquí se os
enseñan. *Con viva fe,* sujetando interiormente vuestro espí-
ritu á creer con firmeza cuanto protestais con la boca. *Con
tierna devocion,* acompañando el rezo con aquellos santos
afectos de piedad, de respeto, de amor, de gratitud que na-
turalmente os debe inspirar la fe de un Dios criador, reden-
tor, santificador, y un dia, cuanto es de su parte, vuestro
glorificador.

¿Qué frutos, hijos míos, no produciria en vuestras almas
ese Símbolo divino, si lo rezáseis del modo que acabo de ex-
plicar! ¿qué gozo no derramaria en vuestro corazon la me-
moria y creencia de estas verdades! ¿qué fuerza no adquiri-
rías para vencer á vuestros enemigos! ¿qué estímulos para
servir á Dios y amarle tiernamente! Bien lo dejan compren-

der estas tres palabras del Símbolo, *creo en Dios*. Creer en Dios, dice santo Tomás ¹, no es creer simplemente que hay Dios, no es solamente prestar fe á sus palabras : hasta aquí llegan tambien los mismos demonios, quienes convencidos de la triste prueba de los tormentos que sufren, creen que hay un Dios que los castiga y que los oprimirá eternamente conforme á su palabra. Creer en Dios, es mirarle como nuestro sumo bien, es poner en él toda nuestra confianza, es unirnos á él con todo nuestro corazon, es amarle con la mejor voluntad y servirle con afectos de una verdadera piedad filial. Esta, hijos, es la fe que santifica en la vida, que consuela en la muerte, que corona en la eternidad. Así lo veais vosotros cumplido. Amen.

PLÁTICA III.

EXISTENCIA DE DIOS.

Credere oportet accedentem ad Deum, quia est. (Hebr. xi, 6).

Despues de las reflexiones que os tengo hechas sobre el Símbolo en general, pide el buen orden de doctrina que pase á explicaros distintamente sus artículos, descubriéndoos en cada uno un tesoro inestimable de conocimientos, y haciéndoos observar la multitud de cosas que están escondidas bajo el velo de pocas palabras.

Creo en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra. Hé aquí el primer artículo del Símbolo apóstolico, el cual en pocas sílabas nos enseña mas verdades que no pudieron descubrir los filósofos mas insignes con todos sus estu-

¹ S. Thom. 2, 2, quæst. 2, art. 2.

dios y afanes ; porque nos enseña la existencia de un Dios, la simplicidad de su naturaleza, la distincion real de las divinas Personas, sus adorables atributos y la creacion de todas las cosas. Materia abundantísima como veis, y que pide ser tratada en diferentes catecismos.

La primera palabra *creo* no mira solamente á este primer artículo, sino que afecta y es comun á todos los demás ; por lo cual debeis suponerla en todos, aunque no se repita al principio de cada uno. Y notad que la tal palabra *creo* no quiere decir aquí *pienso*, *soy de opinion*, *me parece* y otras frases por este estilo ; sino que significa que tenemos por cierto, por verdaderísimo, por infalible cuanto se contiene en estos artículos ; porque Dios, verdad indefectible, lo ha revelado á los Apóstoles, los Apóstoles lo han enseñado á la Iglesia, y la Iglesia nos lo enseña á nosotros. Así que al pronunciar la palabra *creo* expresamos el asentimiento firmísimo que damos á la palabra divina contenida en el Símbolo, creyendo sin hesitacion alguna todas sus verdades aunque arduas, aunque oscuras, aunque repugnantes á nuestros mismos sentidos ; y creyéndoas con absoluta certeza, mas de lo que creemos aquellas mismas cosas que conocemos por evidencia, que vemos con los ojos, que tocamos con las manos.

Presupuesta esta doctrina que era indispensable presuponer, pasemos ya á explicar la primera verdad que profesamos en el Símbolo, la cual nos dará suficiente materia para la instruccion de hoy.

La primera verdad, pues, y que es la base y fundamento de todas las verdades sobrenaturales, es la existencia de Dios expresada en estas palabras del Símbolo, *creo en Dios* ; porque, como dice san Pablo, quien quiera acercarse á Dios, lo